

NARRATIVAS ARQUEOLÓGICAS DE MOMENTOS DE CONTACTO EN LOS VALLES CALCHAQUÍES HASTA MEDIADOS DEL SIGLO XX

ARCHAEOLOGICAL NARRATIVES FROM THE PERIOD OF CONTACT WITH THE SPANISH CONQUERORS IN CALCHAQUÍ VALLEYS UNTIL MID-XX CENTURY

GLUZMAN, GERALDINE A.¹

ORIGINAL RECIBIDO EL 15 DE NOVIEMBRE DE 2011 • ORIGINAL ACEPTADO EL 5 DE NOVIEMBRE DE 2012

RESUMEN

Se revisan diversas narrativas escritas desde la arqueología acerca de la historia de las sociedades locales en los valles Calchaquíes para el período de contacto hispano-indígena (1535-1665). Vinculamos estas narrativas con su contexto histórico y analizamos si la producción arqueológica amplió el corte entre el pasado prehispánico y el presente republicano del área que diferentes narrativas oficiales han generado. Indagamos la narrativa originada desde los inicios de la arqueología hasta la producción de mediados del siglo XX viendo qué pasado es narrado a través de la materialidad escogida como relevante y la relacionamos con narrativas históricas oficiales, es decir aquellas que han sido impulsadas y empleadas desde entidades que manejan los aparatos de poder. Se observa una coherencia narrativa entre ambos grupos y se discuten las interrelaciones entre el campo científico de la arqueología y el contexto político más amplio.

PALABRAS CLAVE: Narrativas, Arqueología, Momento de contacto hispano-indígena, Valles Calchaquíes, Historias oficiales.

ABSTRACT

We analyze several narratives written from the archeology field on the History of local societies in the Calchaquí valleys during the period of contact with the Spanish conquerors (1535-1665). We connect these narratives with their historical context and examine if the archaeological production expanded the incision that different official narratives created between pre-Hispanic past and Republican present in the area. We inquire on the narrative developed from the beginnings of archaeology to mid-twentieth century production to see how past is shaped through the materiality chosen as relevant and we relate it to the official historical narratives, those that have been promoted and used from entities that manage power apparatuses. We propose a narrative coherence between both groups and discuss the interrelationships between the scientific field of archeology and the broader political context.

KEYWORDS: Narratives, Archaeology, Period of contact with the Spanish conquerors, Calchaquí valleys, Official Histories.

¹ CONICET • MUSEO ETNOGRÁFICO J. B. AMBROSETTI, FFyL, UBA. MORENO 350 (CP 1091), BUENOS AIRES, ARGENTINA • E-MAIL: ggluzman@gmail.com

ARQUEOLOGÍA Y NARRATIVAS HISTÓRICAS

La narrativa histórica es un relato sobre hechos pasados a partir de una determinada estructura lógica que es impuesta a los acontecimientos a fin de agruparlos y darles una coherencia interna, excluyendo a algunos y enfatizando los considerados significativos. Se entiende fiel a los sucesos ocurridos, configurándose una historia universal, unilateral y simplificada. Sin embargo, “La Historia está escrita por autores en el presente, los que se guían por motivos particulares, por lo que la selección e interpretación de sus ‘fuentes’ siempre son arbitrarias. La diferenciación entre historia y memoria, por tanto, es más materia del poder de una disciplina que la de un privilegio epistemológico” (Olick y Robbins 1998, en Kaulicke 2003: 18).

En este artículo buscamos reflexionar sobre las narrativas históricas que la arqueología ha generado para los valles Calchaquíes, Noroeste argentino (NOA), para la época de contacto hispano-indígena, es decir aquella que abarca desde los primeros arribos europeos hasta la constitución de la etapa colonial efectiva (1535-1665). Tenemos en cuenta el contexto histórico dentro del cual se inscribe la arqueología ya que a partir de su evaluación cobran sentido los resultados, las orientaciones teóricas y la selección temática de los autores (Madrazo 1985). Analizamos si la producción arqueológica amplió el corte entre el pasado prehispánico y el presente propuesto por dos narrativas oficiales para el área. Revisamos los relatos arqueológicos en dos períodos (1875-1910 y 1910-1955) viendo qué pasado es contado a través de la materialidad escogida como relevante. De este modo, englobamos en la problemática tanto discursos arqueológicos como no arqueológicos.

Los dos grupos de narrativas históricas oficiales elaboradas en sucesivos momentos temporales que repasamos para abordar la historia de los valles Calchaquíes desde el enfoque de la arqueología son la colonial y

la republicana. Son oficiales en tanto fueron fomentadas y reproducidas desde los organismos administrativos de modo tal de delinear una verdad de los sucesos históricos en una época determinada. Son oficiales además por su circulación a gran escala, a diferencia de otras historias de carácter regional o local. La historia colonial comprende las narraciones realizadas desde el descubrimiento de América hasta los primeros movimientos independentistas. La republicana abarca aquellas realizadas durante la etapa de constitución y consolidación de la Nación Argentina. Definidas sus características, veremos cómo se vinculan con los relatos arqueológicos para analizar cómo los factores históricos globales de los períodos en los que tales discursos se insertan los atraviesan y en qué forma responden o contradicen los fines y las tendencias ideológicas de una época. Tendremos en cuenta el análisis de dos elementos críticos: tiempo y grupos nativos. El tiempo, por ser eje clave para el estudio de los procesos históricos. Los grupos indígenas, por ser parte indisoluble de las narrativas generadas. Como analizaremos, lo indígena¹ vivo no prehispánico fue abordado diferencialmente por estos relatos, vislumbrándose, ocultándose o negándose. Para llevar a cabo estos objetivos se seleccionó bibliografía histórica y arqueológica sobre los valles Calchaquíes que nos permitieran poner en discusión estas cuestiones y establecer comparaciones a lo largo del tiempo.

Como veremos, si bien no hay un corte tajante entre la narrativa colonial y republicana, en la primera el énfasis estuvo en ensalzar la historia de los españoles en su conquista, mientras que en la segunda el accionar heroico de diversos segmentos de la población criolla para lograr la independencia de la nación argentina. En ambas lo indígena no es el foco de atención aunque habría sido, en la primera narrativa, el principal beneficiado de los sucesos históricos y en la segunda uno de los grupos más favorecidos en términos políticos. En ambas es complejo percibir lo

prehispánico como parte de la misma narrativa que conduce hacia el presente al tratarse de la construcción de la historia de un otro cultural.

Para la historia colonial lo prehispanico será motivo de interés como mecanismo de legitimar la conquista material y espiritual de América. Los indígenas de los valles Calchaquíes vivían un presente breve y en agonía ante modos de vida morales que lo circunscribían espacialmente del resto de la Gobernación del Tucumán que fue paulatinamente “catolizándose”. Asimismo, los valles eran conceptualizados como tierras inhóspitas que ponían en peligro las aspiraciones coloniales a escala regional. Para la historia nacional temprana lo prehispanico formaba parte de un pasado poco preciso en tiempo, pero de fácil delimitación geográfica por la existencia de grupos aborígenes o mestizos y de sus evidencias materiales en el paisaje. En estas narrativas no se observa la experiencia de lo indígena debido a la definición que la historia ha tenido, como la historia de los españoles, de los criollos o de los argentinos. Los aborígenes mantienen su invisibilidad histórica a menos que se vinculen directamente a los protagonistas de la historia. Estas construcciones fueron elaboradas a partir de fuentes escritas, distinguiéndose de aquellas generadas mediante objetos materiales. No obstante, la narrativa arqueológica se articula con éstas ya que a todas subyacen actitudes hacia un otro cultural como también la visión de sí y los proyectos políticos y culturales en los cuales éstas se insertan (Nastri 2005).

HISTORIA COLONIAL

La historia colonial de los valles Calchaquíes puede rastrearse desde diversas fuentes (eclesiásticas, jurídicas, sociales y económicas), relatos de cronistas y viajeros, muchos de los cuales tenían fines explícitos de relatar la historia americana y cuyos autores a veces eran designados gubernamentalmente. Dentro de los cargos oficiales denominados “cronistas

de Indias” relevante a la región calchaquí es el primer cronista, Fernández de Oviedo nombrado en 1532. Los cronistas tenían acceso a documentación de la corona española y podían pedir informes a fin de redactar su crónica (González Boixo 1999). En 1571 se crea la figura de ‘cronista mayor de Indias’ dictándose ordenanzas reales que definen los objetivos a través de minuciosos cuestionarios. Uno de éstos era “tener siempre hecha descripción y averiguación cumplida y cierta de todas las cosas del Estado de las Indias, así de la tierra como de la mar, naturales y morales, perpetuas y temporales, eclesiásticas y seglares, pasadas y presentes” (González Boixo 1999: 228).

La presencia europea en América fue legitimada a partir de la difusión del evangelio, prédica que avalaba el derecho de usufructo y propiedad de los recursos naturales y humanos por la corona española. Asimismo Europa otorgaba un modo de vida apropiado, erradicando la idolatría, borracheras y otras costumbres gentiles: “comparemos lo que los españoles reciben y lo que dan a los indios, para ver quién debe a quién: démosles doctrina, enseñámosles a vivir como hombres, y ellos nos dan plata, oro (...) ¿qué otra cosa diremos que nos han dado los indios por cosas tan inestimables como les hemos dado, sino piedras y lodo?” (Matienzo 1967 [1567]: 44).

En lo que hace a los valles Calchaquíes, la primera incursión española llevada a cabo por Diego de Almagro ha dejado trascendencia en el modo de entender el espacio y las comunidades locales ya que ofreció: “un sistema de nomenclaturas étnicas que se confunden con toponimias, lo que permitió la construcción de un mapa étnico en el que cada punto en el espacio se corresponde, de manera inequívoca, con un grupo étnico. Así, las identidades étnicas se integran a las espaciales” (Bixio y Berberían 2007: 116). La siguiente expedición fue en 1543 a cargo de Diego de Rojas. Siete años más tarde, Juan Núñez de Prado realiza una nueva incursión fundando la primera ciudad española, Barco I, ubicada en el cen-

tro de los valles Calchaquíes y trasladada en repetidas oportunidades por los ataques indígenas. Es que durante la etapa de conquista del Noroeste argentino, los valles Calchaquíes fueron un espacio de resistencia indígena al dominio español. Mientras que la conquista se realizó en esta macro-región a través de la fundación de ciudades de españoles actuando como focos de dispersión de las normas de vida europeas, los valles recién lograron ser conquistados tras cruentas campañas militares. A medida que las áreas linderas iban siendo dominadas, “catolizadas” y las poblaciones locales se convertían de infieles indígenas en fieles vasallos al rey de España (con la fundación de San Miguel de Tucumán en 1565, Esteco en 1566, Salta en 1582, La Rioja en 1591 y Jujuy en 1593), se fue perfilando una situación de marginalidad calchaquí dentro de la Gobernación del Tucumán. La falta de metales, la resistencia de los grupos locales y una geografía adversa para la defensa española mantuvieron esta región relativamente aislada y fuera del control ibérico efectivo hasta 1665, con la derrota de los últimos grupos rebeldes. Cuando la ocupación del valle y la necesidad de mano de obra se tornaron acuciantes las autoridades convocaron a las fuerzas requeridas para lograr la ocupación exitosa.

Durante este período, las historias oficiales fueron escritas por sacerdotes de la Compañía de Jesús, quienes sirvieron de conexión entre españoles e indígenas. El fin explícito de éstas era relatar la historia de la Orden en cada provincia. Estos relatos eran, como las Cartas Anuas, sujetas a revisión por el provincial de la Orden. Como parte de la provincia del Paraguay, la información de los valles Calchaquíes se encuentra resumida en escritos como los del Padre Nicolás del Techo, publicados en 1673 y los del Padre Pedro Lozano (1755), editados tras su muerte. Según del Techo (1673): “En el pasado siglo comenzó para bien suyo a ser conquistado [el continente americano] (...) se ha verificado que donde quiera que las armas españolas penetraron florece la fe católica; si hay regiones en las que no se ha propagado el cristianismo,

ninguna culpa tiene el monarca de España; la causa es o bien la obstinación de los indios, o las costumbres desenfadadas de algunos particulares”. Agrega “Acción meritoria y piadosa es, que los reyes Católicos en los pasados siglos sostuvieran con magnificencia el culto en América; que esto hicieran en el Perú y en México podrá explicarse, diciendo que al fin y al cabo, de estos países obtenían pingües rendimientos; pero Tucumán y el Paraguay no dan a España oro ni plata; antes bien se gasta allí más que se recauda; así, no hay palabras que ponderen bastante la generosidad de Felipe IV al ayudar a tales provincias, estimulado solamente de su celo religioso” (Del Techo 1673).

La historia colonial va delineando una idea de una administración europea benefactora, extirpando vicios y pecados de los salvajes indios. Las referencias jesuitas muestran los intentos poco exitosos de las incursiones ibéricas por el valle y que desde fines del siglo XVI, fueron ellos los primeros españoles que lograron permanecer dando inicio a la evangelización. Según sus relatos, su éxito estaba supeditado a dos factores claves: la hostilidad indígena y la corrupción moral y codicia de los conquistadores. Tres períodos de violencia (1560-63; 1630-43; 1559-65) incidieron profundamente en las entradas de los religiosos. De acuerdo a varios comentarios presentes en las Cartas Anuas y de los historiadores jesuitas, estos últimos eran recibidos con alegría en los valles Calchaquíes. Así por ejemplo, en una carta anua de 1618-19 se menciona que el pueblo entero participó en la construcción de las iglesias y habitaciones jesuíticas durante la primera misión: “Díjeles después que habíamos de hacer la iglesia allí y con gran voluntad un pueblo se encargaba de levantar las paredes, otro de cortar los horcones, y otro las varas, y así en breve nos hicieron una iglesia bastante y dos aposentos (...) y hasta los mismos curacas trabajaban y nosotros éramos los albañiles y arquitectos” (Documentos para la Historia Argentina 1929: 180). Según éstos, su relación con los indios habría estado intermediada por las continuas entradas de espa-

ñoses que realizaban razias de mano de obra o solicitaban prestaciones de trabajo. Esta situación se habría repetido en el tiempo, con momentos de tensión y distensión entre jesuitas y grupos locales. Sin embargo, la lectura de otras fuentes indica que los jesuitas fueron resistidos por muchos vecinos españoles y el Obispo de la Gobernación debido a que dificultaban los intereses económicos de los encomenderos. De este modo: “Estos indios los tiene Vuestra Majestad encomendados y es como si no lo estuvieran porque ni pagan tasa a sus encomenderos ni la mita a la ciudad que conforme a ordenanzas de esta provincia están obligados a darla, ni sirven a español ninguno como lo hacen todos los demás indios que están conquistados en estos reinos” (Levillier 1926: 327).

Los períodos de rebeliones se caracterizan, desde estas narrativas, como de libertad calchaquí lo que se traducía en mantenerse fuera de las prestaciones de mita y vivir bajo las normas no europeas dentro de un territorio inexpugnable por los españoles. Este último aspecto se observa también en los relatos de guerra, como aquel de los Autos de Bohórquez. Sin embargo, tras el desenlace de la última rebelión calchaquí y frente a las destrucciones de las misiones calchaquíes (1658), el Padre Juan de León describe a los nativos como “bestias, malditos y delincuentes” (AGI, Charcas, Legajo 122, doc. 5). De este modo se refuerzan las opiniones negativas de los calchaquíes, al tiempo que se mantenía la idea de que la libertad (sinónimo de indolencia y falta de moral) y el no abandonar el valle era lo que generaba las luchas contra el español. Es que la independencia “era para ellos la cosa más codiciada en la tierra” (Del Techo 1673). Es así también que durante las campañas militares el jesuita Torreblanca consideraba que “las naciones de Calchaquí habían de empeñarse con todo esfuerzo por su libertad, y no salir de sus tierras” (Torreblanca 1999 [1696]: 86). Torreblanca redactará, treinta años después de la última rebelión, una “*Relación Histórica de Calchaquí*” debido a que ninguno de sus compañeros

había dejado “escritas las noticias últimas de don Pedro de Bohórquez, que entró en aquel valle, por orden del Gobernador Don Alonso de Mercado, con el título de Inca” (Torreblanca 1999 [1696]: 17). Según sus dichos, su apoyo al ingreso de Bohórquez al valle tenía como fundamento dos motivos principales: “el primero, que entendiesen todos que la Compañía buscaba que se fomentase, por todos los medios posibles, la salvación de los Indios Calchaquíes; y que se lograra en utilidad de los haberes de S.M. el Rey N.S., la oferta que se hacía de darle los tesoros y riquezas que se habían ocultado con la muerte del Inca” (Torreblanca 1999 [1696]: 34). En estos momentos finales de resistencia indígena, los testigos de los conflictos intensifican la idea de salvajismo de los calchaquíes en detrimento de la idea inicial de ver a la codicia española como factor crucial de la situación en el valle. Por otro lado, a no ser por algunos pocos aspectos de la vida calchaquí, escasas fueron las referencias de los jesuitas sobre la cultura material y arquitectura de las sociedades locales durante su estadía en los valles.

Tras la derrota calchaquí se desliza una actitud de revancha: “Al fin el orgullo de la nación Calchaquí se vio abatido, y lo belicoso de sus bríos rendido a las fuerzas de las armas españolas, que los sacaron de su país natural, y los esparcieron por todas las provincias” (Torreblanca 1999 [1696]: 95). Lozano relata la rendición de los quilmes: “Capitulose, que se les perdonarían las vidas y haciendas, pero con condición que habían de desamparar el Valle” (Lozano 1875: 236). El proceso de pacificación involucraba la reducción a la mita, la evangelización y la adopción de las costumbres y moral europeas. La desnaturalización, sólo un medio efectivo de lograrlas. El despoblamiento del valle fue visto como un éxito administrativo y social, que permitiría finalmente el sometimiento indígena y la apropiación de los recursos naturales. Años más tarde el historiador jesuita José Guevara escribía: “Tucumán señoreaba los juries, los diaguitas, los tonocotes, los lules, los calchaquíes, los humaguacas, los tobas, los abipones,

los mocobis, los sanabirones y comechingones. *Un largo catálogo de otras naciones se encuentra en impresos y manuscritos que son de poca consideración para la historia*” (Guevara 1764, énfasis nuestro). Esta cita mantenía coherencia con las narrativas previas. El proceso de colonización de los valles condujo a la lenta homogeneización cultural de los grupos por parte de las fuentes escritas. Algunos de éstos, como los quilmes, se mantendrían en la memoria por ser los más bravíos y dar resistencia hasta 1665. Guevara (1764) al tiempo que muestra la fiereza indígena proclama la bravura española: “¡Tanta era la valentía de los primeros conquistadores, los cuales pocos en número, vencían grandes ejércitos de indios!”. Al final de este período se construye un relato para el área en donde la gloria es de aquellos españoles que, junto con el gobernador Mercado y Villacorta vencieron, sojuzgaron y desnaturalizaron los grupos locales. También de los jesuitas que evangelizaban en esos inhóspitos parajes. Luego de este episodio los valles y sus habitantes, los antiguos y los que lo repoblarán más tarde, dejarán de ser una preocupación histórica. Las desnaturalizaciones fueron un episodio que, además de contribuir con el fin de los modos de vida indígenas y proporcionar el éxito final de la conquista europea en los valles, sirvió como hito histórico para marcar un “clivaje temporal”, un antes y un después.

HISTORIAS ARGENTINAS

Destacamos dos narrativas históricas desde los movimientos independentistas hasta el establecimiento de la nación argentina. La primera abarca desde 1810 al congreso de Tucumán en 1816. La segunda se vincula a los procesos locales de consolidación del nuevo estado nacional, una vez definidos los límites de las diversas naciones hasta 1890. Subyace a ambas la búsqueda de delimitación de un colectivo poblacional, detentador de la soberanía, territorializado y cohesionado, es decir que detrás de estas narrativas existe el propósito de sentar las bases para la construcción

nacional (Quijada 2003: 471). De este modo, estas narrativas se enmarcan en un contexto de surgimiento de un nuevo sistema político, el del “Estado-nación”.

LOS INCAS COMO FACTOR HISTÓRICO COMÚN

Esta narrativa se asocia a un revisionismo histórico de lo que fue el imperio incaico por los primeros movimientos de proclamación del gobierno autónomo y unía el pasado indígena macro-regional con los sucesos de independencia. Las élites del virreinato rioplatense utilizaron en su favor la vinculación histórica que por vía de las “sagradas tierras patrias” las emparentaba a las antiguas culturas prehispánicas (Quijada 2003). Díaz Caballero enumera una serie de factores históricos que favorecieron este lazo destacando, entre otros: las conexiones administrativas y territoriales entre el Virreinato del Perú y el del Río de la Plata, la formación de algunos de los principales ideólogos de la Revolución de Mayo en la Universidad de Chuquisaca, la resonancia heroica de la rebelión de Túpac Amaru II en 1780 y la recepción temprana de los proyectos incaístas e indigenistas de los criollos exiliados en Europa (Díaz Caballero 2005: 68-69). La lectura de los Comentarios Reales de Garcilaso constituyó una fuente letrada de la legitimación genealógica y recuperación del poder dinástico. Si bien Garcilaso no fue un rebelde anticolonial, sino un mestizo de elite incaica de inicios de la conquista del Perú que buscaba legitimar su genealogía, estos pensadores utilizaron sus escritos para su propia causa, la construcción de un estado nacional independiente a la corona española. Los incas se presentaban como hacedores de la felicidad de sus vasallos e injustamente desposeídos de su autoridad por los conquistadores. Estas ideas se tradujeron en políticas de gobierno: supresión del tributo indígena (1811), reconocimiento de los derechos naturales de los indios, uso del símbolo solar de los incas en el escudo y las primeras monedas de la nueva nación (1813), creación de la Marcha patriótica donde se menciona en una de sus estrofas a los Incas como padres an-

cestrales de la nueva nación: “Se conmueven del Inca las tumbas /Y en sus huesos revive el ardor, /Lo que ve renovando a sus hijos/ De la Patria el antiguo esplendor”, eliminándose en 1944 (Díaz Caballero 2005). En 1815 San Martín propone editar masivamente los Comentarios de Garcilaso; en 1816 se discute en el Congreso de Tucumán el proyecto de establecer una monarquía incaica como forma de gobierno, siendo Belgrano su portavoz. En 1817 se difunde en quechua y aymará la declaración de la independencia de las Provincias Unidas; en 1826 Rivadavia patrocina la publicación de las Memorias del hermano de Túpac Amaru II (Díaz Caballero 2005). El unir lazos simbólicos con el imperio inca constituyó un recurso retórico redentor de las masas indígenas para incorporarlas a la lucha emancipadora, un medio de justificar moralmente a los criollos frente a los peninsulares y una fuente primordial en la invención de símbolos nacionales (Díaz Caballero 2005). Si bien se toman medidas revolucionarias (se declara la ciudadanía del indio merecedor de cualquier cargo o empleo, se decreta la derogación de cargas económicas o imposiciones indebidas, se anuncia la repartición de tierras, se promueve la educación del indio a través de escuelas y se publican estas medidas en quechua y aymará) (Díaz Caballero 2005), estas políticas estaban destinadas a un grupo cultural supuestamente uniforme. Esta homogeneidad se observa en el modo genérico de describirlos y en el interés de incorporarlos a los movimientos revolucionarios a partir de la bandera inca. No era un problema conocer si los incas habían llegado o no a los territorios a los que se proponía reunir ni problematizar si habían sujetado por la fuerza a otros grupos nativos ya que constituían los héroes civilizadores de las regiones sometidas al llevar orden, cultura y artes. Se “buscaba impulsar a las masas indígenas del virreinato a un gran levantamiento contra los españoles y a cimentar una convivencia estable entre criollos y aborígenes, edificada sobre la coronación de un descendiente de los incas como garantía de dignificación de los naturales” (Quijada 2003: 475). Subyace una visión de los con-

quistadores españoles como usurpadores de tierras indígenas y de los criollos como redentores de los indios. Sin embargo, la creación de Bolivia en 1826 y la lucha entre federales y unitarios condujo a un decaimiento de estas ideas y “se fue perfilando la hegemonía del proyecto nacional de la elite ilustrada porteña, partidaria de una nación homogénea, letrada y exclusiva de los criollos, bajo el modelo de las virtudes cívicas europeas, excluyendo a la población nativa de las provincias interiores, que fue eliminada en una campaña llamada la ‘conquista del desierto’, y que tuvo como contraparte la llegada masiva de inmigración europea” (Díaz Caballero 2005: 105). Al igual que este proyecto y de la narrativa histórica que lo acompañaba, el modo de ver al indio cambiará en la siguiente etapa, ignorando o desvalorizando el intento de restauración incaica.

LO EUROPEO COMO FACTOR PRESENTE COMÚN

En este período si bien se consideraba al indígena de los diversos puntos del país como implícitamente integrado en la nación al encontrarse sujeto a las instituciones criollas, esta inclusión era a partir de su desnaturalización territorial y pérdida de su diversidad cultural. Se cristalizó una historia oficial donde lo que primó fue la gesta de la independencia de España pero lo nativo y criollo quedaban totalmente desvalorizados, debido a su incapacidad de aprovechar las ventajas de la civilización. El contexto sociopolítico imperante buscaba el crecimiento del país en modelos económicos y políticos, así como en referentes culturales y raciales, europeos. Las ideas predominantes giraban en torno a los conceptos de progreso, evolución, inmigración europea, avances científicos y modernización. La clase dirigente, asentada principalmente en Buenos Aires, impulsó la promoción del desarrollo de la ciencia positivista cuyo ideal residía en las ciencias naturales.

Para evaluar este período nos serviremos de algunos pensamientos de Domingo F. Sarmiento y Bartolomé Mitre. Sarmiento en-

tendía una “*lucha entre la civilización europea y la barbarie indígena*. La contraposición de dos fuerzas, la una civilizada, constitucional, europea; la otra bárbara, arbitraria, americana” (en Fernández Retamar 2006: 35, énfasis nuestro). Esta lucha se reflejaba étnica y espacialmente: la civilización se encontraba en los ámbitos urbanos, en lo europeo mientras que la barbarie estaba en los contextos rurales y se asociaba al indio y al gaucho. En lo que hace a la población nativa contemporánea expresaba que “quisiéramos apartar de toda cuestión social americana a los salvajes por quienes sentimos, sin poderlo remediar, una invencible repugnancia, y para nosotros, Colo Colo, Lautaro y Caupolicán, no obstante los ropajes civilizados y nobles de que los vistiera Ercilla, no son más que unos indios asquerosos, a quienes habríamos hecho colgar y colgaríamos ahora” (en Quiroga 1992 [1897]: 216). Este pensamiento refleja el eurocentrismo que caracterizó la formación de la nación a fines del siglo XIX: lo indígena se posicionaba en el último peldaño de la evolución de la humanidad.

Mitre (1879) analizaba el pasado y el presente de los pueblos americanos y su papel en la constitución de las naciones americanas en “Las ruinas de Tiahuanaco (Recuerdos de viaje)” resaltando que en algunos casos pudieron sufrir procesos de retrocesos intelectuales y de invasiones de grupos menos avanzados. A partir de ciertos elementos (escritura, organización social, implementos de trabajo, creaciones artísticas, creencias religiosas) explicaba intelectualmente la condición del indio y legitimaba mediante la idea de supervivencia de los más aptos, la desaparición de las sociedades locales. Sobre la relación de las ruinas con las poblaciones presentes de Tiahuanaco argumentaba: “la prueba de que esos monumentos eran eslabones rotos de la cadena de civilizaciones prehistóricas, que nada legaron a la posteridad, es que ellos eran incomprensibles para los últimos descendientes de las primitivas razas que los construyeron” (Mitre 1954 [1879]: 193). Generalizando a través de ese caso de monumentalidad, comentaba

“El hombre americano -que es hasta hoy un documento vivo de su barbarie congénita-, tomado como unidad carecía del resorte individual así en la condición salvaje como en el medio social, y sin valor propio no podía ser factor de una cantidad de más valor intelectual y moral. Con estas materias primas y estos pobres instrumentos de trabajo, sin capital social, sin iniciativa individual, sin lenguas orgánicas, sin cohesión moral, sin el conocimiento del hierro, sin más animal de carga que la llama, sin la posesión del alfabeto y sin medios en su organización para alcanzar por sí sola esta noción elemental, la América era fatalmente, lógicamente estéril, y estaba destinada a rotar eternamente en el círculo vicioso del curso e recurso de Vico, cayendo periódicamente en la barbarie y degradándose más y más en cada una de sus evoluciones de retroceso” (Mitre 1954 [1879]: 196). La conquista europea, como las contemporáneas a Patagonia y Chaco, era inevitable para el progreso: “sin el principio de vida fecunda y de progreso perfectible que le inculcó la sangre y la civilización europea (...) el hombre americano habría vegetado como sus árboles (...) Tal es la filosofía histórica que las ruinas de Tiahuanaco me enseñaron” (Mitre 1954 [1879]: 198). De este modo, mientras Mitre narraba la gesta histórica de la independencia argentina, relegaba de la misma a los grupos indígenas, estudiados en forma contemporánea por viajeros y naturalistas (Mitre 1879).

Así como la narrativa colonial mostraba un antes y un después en la historia de América, la narrativa argentina desde 1820 marcó un antes y un después a partir del hito de la independencia de la corona española. Detrás de estas configuraciones históricas subyacen realidades políticas diversas: bajo el sistema colonial las sociedades indígenas eran “otros” dentro del reducido entramado de la sociedad española. Más tarde estos “otros” debían ser integrados dentro de la nación soberana de ciudadanos, planificada a partir de la inmigración europea. Eran, en uno u otro momento, otros peligrosos, argumento legitimador de la usurpación de tierras y dominación física de

los grupos locales. Implicó, en el primer caso la tolerancia a una diversidad racial y cultural, como vasallos de segundo orden, seres funcionales a la lógica socioeconómica del virreinato, y en el segundo la existencia, pero al mismo tiempo la negación, de su participación dentro de la historia nacional. “El dilema para los conquistadores era entonces que los indios tenían que ser ‘como ellos’ (civilizados y cristianos), pero no ‘demasiado’ como ellos, lo que hubiera dificultado la explotación sistemática de la población indígena” (Decoster 2005: 165), dilema que también se presentaba a principios del siglo XIX. En relación con la historia colonial se mantiene la idea de que el largo proceso de conquista español contribuyó al acceso a la civilización para las sociedades indígenas. Sin embargo “de la fusión de estas tres familias [blancos, indios y negros] ha resultado un todo homogéneo que se distingue por su amor a la ociosidad y su incapacidad industrial. Mucho debe haber contribuido a producir este resultado desgraciado la incorporación de los indígenas” (Sarmiento en Fernández Retamar 2006: 35). Lo nativo es un todo indiferenciado y homogéneo de escaso interés en la narrativa histórica de la reciente nación. Las desnaturalizaciones calchaquíes son un hecho irrelevante en la historia de la república, ya que son anteriores a su constitución. Sin embargo los acontecimientos del falso Inca Bohórquez serán objeto de selección historiográfica diluyéndose los nombres asignados por los españoles a los diversos grupos del valle (Rivas 1884).

ARQUEOLOGÍA INICIAL

En este contexto sociopolítico se inicia la práctica arqueológica en la región calchaquí (Haber 1994, Nastri 2005). En continuidad con el pensamiento eurocéntrico dominante, la historia indígena carecerá de una narrativa histórica que una el pasado prehispánico con la nación argentina. A inicios del siglo XX, las comunidades indígenas y campesinas contemporáneas se presentan como testigos mudos e invisibles de un proceso totalmente

ajeno y resultado de un proceso biológico de degeneración. Es que, al igual de que lo que sucedió para la población de la Puna catamarqueña, parte de la de los valles Calchaquíes “fue caracterizada conformando una imagen de marginalidad que la asimilaba, al igual que al paisaje, a los márgenes del proyecto civilizador del Estado nacional” (Haber et al. 2006: 132).

CERCANÍA ESPACIAL, LEJANÍA TEMPORAL Y CULTURAL

A fines de 1876 Liberani y Hernández realizaron la primer *Excursión arqueológica en los valles de Santa María*. La misma mostró por vez primera a la sociedad científica argentina, residente principalmente en Buenos Aires, restos materiales de los antiguos pobladores de los valles². Ruinas y hallazgos materiales cobraron interés por varios estudiosos y el estado nación, el cual en esta ocasión facilitó la continuidad de estudios en el área (Haber 1994). De carácter descriptivo, el trabajo aseguraba que estos materiales no pertenecían a “los grupos que conocieron los españoles” sino que correspondían a los “primeros indígenas del continente” (Liberani y Hernández 1950 [1877]: 138). Repleto de dibujos y esquemas de los hallazgos y paisajes arqueológicos, este informe muestra cómo la imagen fue tan importante como la narrativa ya que constituía el primer encuentro con un universo desconocido del que no había referentes conceptuales compartidos en el canal de comunicación de los posibles interesados. Florentino Ameghino años después se cuestionó si estos objetos “pertenecen a los calchaquíes contemporáneos de la conquista, o representan una civilización anterior extinguida” (Ameghino 1918 [1880]: 298). Agregaba: “*Los primeros españoles que penetraron en el país, contaron, en efecto, que los calchaquíes tenían las trazas de una civilización perdida*, y aun parece que muchos de los edificios antiguos que se encuentran en esos valles estaban ya en ruinas en la época de la conquista. *Tampoco los pobladores actuales de la comarca conservan tradiciones auténticas* de que las ruinas de Loma Rica hayan estado pobladas

en los primeros años de la colonización, y las ruinas de poblaciones que ahí se encuentran, *los mismos objetos que contienen, son de un estilo diferente de los del arte peruano del tiempo de la conquista*” (Ameghino 1918 [1880]: 298, énfasis nuestro). En un intento de establecer un vínculo entre estas piezas y los calchaquíes históricos, Ameghino no lograba una respuesta clara: “La cuestión es muy compleja y faltan aún los materiales para poder dar sobre cada objeto un fallo decisivo; sin embargo, se puede desde ya asegurar que si algunos pertenecen a los calchaquíes, otros representan una civilización extinguida anterior” (Ameghino 1918 [1880]: 298). Moreno comentaba “Las enigmáticas ruinas calchaquíes que revelan el paso y dominación de varias razas, a través de los siglos, han de dar algún día luz suficiente para rehacer las sociedades cuya existencia y poderío indican, precediéndose en ese teatro tan triste hoy y que en edades remotas presentó sin duda alguna un fértil y risueño panorama” (Moreno 1890-91: 11).

La información histórica colonial, la supuesta ausencia de una memoria de los grupos etnográficos y la aplicación de modelos difusionistas que permitían comparar los objetos en relación con aquellos reconocidos como contemporáneos a la conquista en otros ámbitos de los Andes son argumentos decisivos en determinar la antigüedad de las ruinas y objetos del valle Calchaquí. En ningún caso se trata de evidencia que hable sobre la historia de los pobladores locales sino de una historia muy antigua. Se reconoce la imposibilidad de establecer conexiones entre éstas, adquiriendo ese pasado la forma de estratos geológicos sin vínculos entre sí. Ruinas y objetos antiguos formaban parte del acervo de la naciente nación del mismo modo que los fósiles de las especies extintas o minerales, negándoles significación histórica (Haber 1994: 38).

Para aproximarse al pasado hubo una lectura directa e intensiva de la narrativa histórica colonial. Tuvo amplia repercusión la idea de que los españoles encontraron varios pueblos

en ruinas en el NOA. Fernández de Oviedo consideraba que grupos del oriente habían ingresado a Jujuy destruyendo las aldeas lo que condujo a los nativos a la “necesidad de abandonar su patria e naturaleza de sus cosas e despoblar la tierra” (en Gandía 1935: 47). Los juríes eran pueblos salvajes capaces de destruir una civilización más avanzada: en los valles de Catamarca y Salta “pululaban las ruinas de poblaciones desechas por los juríes” (Lafone Quevedo 1890: 7). Las crónicas de Fernando de Montesinos, muy consultado por los primeros americanistas (Nastri 2005), daban cuenta de invasiones desde el oriente y explicarían ciertos rasgos culturales, como algunos aspectos de la cerámica o de los cráneos hallados. Según Adán Quiroga, “los calchaquíes fueron indudablemente una raza que invadió el país y dio en tierra con una civilización que encontraron, demasiado adelantada, que acusa una lenta elaboración. Pues bien, estos restos de fortalezas, esas ciudades que hasta hoy pueden contemplarse en ruinas, todos esos hermosos monumentos de defensa, no son, a mi juicio, obra de los calchaquíes, sino de la antigua raza aborigena que ellos exterminaron, o de los Incas” (Quiroga 1992 [1897]: 181). Mencionaba los indios de la época: “estos pobres representantes de la antigua raza ni pasan de ser unos infelices, sin dotes intelectuales de ningún género, tan incapaces como sus abuelos de hacer una construcción o elaborar cualquiera de los antiquísimos objetos de arte que exhumamos” (Quiroga 1992 [1897]: 181). Los incas tuvieron un rol destacado: “el influjo de esa civilización, rica en principios y en prácticas; revolucionaría la vida casi salvaje de nuestros viejos catamarqueños” (Quiroga 1992 [1897]: 155).

Juan B. Ambrosetti desde un enfoque arqueológico planteaba que “El suelo argentino dio origen a una civilización propia que data de gran antigüedad y que difería de la de los Incas” (Ambrosetti 1904: 164), destacando el carácter propio de algunas de las manifestaciones culturales, como la metalurgia en relación con la peruana. Sin embargo, éstas remiten a una realidad lejana temporal y

cognitivamente. Se trata de una raza prehistórica y de un pueblo hoy desaparecido. El tiempo antiguo se mantiene aún en el paisaje y cultura. No obstante cuando analiza la antigua ciudad de Quilmes (Ambrosetti 1897a), y debido a las referencias escritas ofrece una temporalidad definida ya que se trata de los “heroicos” quilmes históricos que lucharon contra los españoles y que finalmente fueron erradicados del valle. Previamente, los autores destacan que los objetos hallados pertenecen a los primitivos habitantes del suelo argentino o a grupos temporalmente próximos a la llegada europea. Ampliamente nutridos de conocimientos de fuentes escritas, entre uno y otro momento no queda claro el tiempo transcurrido. Es que, a pesar de que la sociedad calchaquí entró en contacto con los conquistadores españoles, la investigación arqueológica no se inició como una búsqueda de las raíces históricas de sus descendientes contemporáneos, sino que fue disparada por el descubrimiento de ruinas descontextualizadas de toda memoria. En este sentido, los objetos arqueológicos hablaban más de sus investigadores y otros interesados que de sus productores y descendientes. Desposeídos de sus orígenes culturales, los bienes fueron ante todo símbolos de estatus de sus consumidores (Appadurai 1991) reflejando el carácter eurocéntrico predominante en los estudios del pasado indígena.

HISTORIAS DE CONTACTO, DE REBELDÍA INDÓMITA Y DE HEROÍSMO ESPAÑOL

Samuel Lafone Quevedo en *Londres y Catamarca* (1888) se proponía principalmente dar a conocer información relevante sobre la ubicación de las primeras entradas de los españoles e introducir “la historia de una provincia tan remota, pero tan íntimamente ligada con la epopeya de la conquista”. Siguiendo a Lozano, la historia del área empezaba con las fundaciones de las ciudades en el valle Calchaquí (Lozano 1875). Asimismo, los españoles son los héroes de la historia colonial frente “a la saña de los feroces calchaquíes”, destacándose los quilmes históricos (Lafone

Quevedo 1888: 4). Respecto al pasado indígena comentaba que tras las desnaturalizaciones “Los calchaquíes sólo dejaron allí su nombre y otros recuerdos” (Lafone Quevedo 1888: 149). Se trata de una lamentación romántica en donde se expresan ideas tales como los “pobres, fogosos y valientes *Kilmes*” y la “fiereza calchaquí”. Su desaparición era parte de un proceso necesario; la misión de los españoles fue poner fin a las carnicerías que pasaban por ceremonias religiosas (Ambrosetti 1967 [1917]: 126-127; Lafone Quevedo 1888: 254). De todos modos admiraba la proeza indígena de resistir el ataque español, resultado de su condición guerrera. Es que “los españoles encontraron en el país las naciones exterminadoras que habían dado a tierra con los pueblos civilizados cuyos restos hoy nos sorprenden, matando y esclavizando a los habitantes” (Lafone Quevedo 1890: 8) retomando la idea de que las ruinas no podían ser de los calchaquíes sino de un grupo más civilizado. El tema de la presencia de urnas cerámicas y sus decoraciones será un foco de interés de varios autores para establecer vínculos entre sus productores y sus filiaciones culturales (Nastri 2005). Sin embargo el peso de la narrativa colonial es mayor a la evidencia material: dado que los misioneros no dan información al respecto “La deducción lógica es, que se trata de una costumbre añeja, ya dejada cuando entraron los españoles” (Lafone Quevedo 1890: 9).

Una vez más recurriendo a Lozano, Lafone Quevedo explicaba la suerte de los quilmes: “Al fin aquellos indios tuvieron que abandonar sus breñas y bajar a los llanos de las ciudades circunvecinas. Los Kilmes empero, que no perdían la esperanza de volver algún día a encasillarse en el Valle, fueron expatriados al litoral en número de doscientas familias (...) con intención de ponerlos bajo la dirección de los misioneros de la Compañía de Jesús, que conocían la lengua y modalidades de ellos: ello fracasó por mala voluntad de las autoridades en el puerto de Buenos Ayres” (Lafone Quevedo 1919: 354). Así retomaba la narrativa jesuítica para explicar el fracaso

de las relaciones entre indígenas y españoles y el desenlace de las rebeliones. Los religiosos son vistos como agentes impotentes en un contexto de violencia y malas políticas de encomenderos y gobernadores, siendo además “el elemento civilizador del continente” (Quiroga 1992 [1897]: 204). En continuidad con las narrativas escritas, implícitamente las desnaturalizaciones de los pueblos son entendidas como un hito histórico relevante, consecuencia necesaria para lograr los objetivos españoles.

ARQUEOLOGÍA ETNOGRÁFICA: LAS SOCIEDADES LOCALES, “OTROS” RELEGADOS

Incluso luego de establecerse la contemporaneidad de las ruinas y los grupos históricos, estos autores no apuntalaban ninguna relación entre los grupos pasados y los pobladores del valle Calchaquí. Al igual que la narrativa histórica colonial y la republicana, la historia arqueológica no continúa luego de las desnaturalizaciones. Sólo en el caso de los quilmes y acalíes se menciona su traslado a la provincia de Buenos Aires. Poco es lo que se narra sobre cómo el valle fue lentamente repoblado, por quiénes ni sus implicancias sociales. Los grupos indígenas locales contemporáneos son pueblos sin historia, la que llega a los valles junto a los españoles. Sin embargo estos autores resaltan la continuidad de ciertas tradiciones en tiempos republicanos. Se trataría de reminiscencias de un pasado que une negativamente lo prehispánico con lo criollo, existiendo pueblos “que aún hoy viven tal y como los pinta Herrera” (Lafone Quevedo 1890: 7) en el siglo XVII. Había “reliquias del gentilismo” como la celebración del *chiqui* (Lafone Quevedo 1888: 249). Nutriéndose de la comparación de las leyendas presentes con aquellas existentes en las fuentes históricas Lafone Quevedo expresaba que “las imaginaciones de estas gentes [pobladores de los valles Calchaquíes], ahora como en el tiempo de Alonso de Mercado y Villacorta, sueñan con tesoros escondidos” (Lafone Quevedo 1888: 41). Estas ideas sugieren que los habitantes contemporáneos

eran tan salvajes como sus ancestros. Éstos son la contraparte de la historia de la epopeya ibérica. Se genera la idea de un pasado muerto y un presente vinculados a través de los descendientes de españoles e indígenas. Las condiciones de vida de los mismos no se relacionan con los sucesos pasados sino con su naturaleza, lo único que los une aún a los pueblos prehispánicos.

Quiroga buscaba recuperar las tradiciones indígenas “cuando más no fuera que porque somos hijos del suelo que ellos habitaron antes (...) no podrá negarse que se les queda debiendo, cuando más no sea un recuerdo, a fuer de que no seamos más que unos usurpadores vulgares” (Quiroga 1992 [1897]: 217). Si bien criticaba a Sarmiento ya que “La historia de las razas americanas, es, pues, nuestra propia historia; su tradición, la tradición de nuestra tierra y de nuestra raza” (Quiroga 1992 [1897]: 103), observaba: “La historia del desarrollo de nuestra raza argentina, por ejemplo, nos ha suministrado las más provechosas lecciones de sociabilidad, como aquella que debemos fomentar la inmigración caucásica para modificar el carácter típico de nuestra raza, pues sin duda que nuestro espíritu revoltoso y anarquista es herencia de la sangre de los indígenas, nuestros antepasados” (Quiroga 1992 [1897]: 217). Por tal motivo “lo que quiere Sarmiento, por más que le repugnen nuestros indígenas, de separarles de toda cuestión social, es imposible” (Quiroga 1992 [1897]: 218).

Boman distinguía para las poblaciones del NOA entre indio puro prehispánico, parte del tronco cultural de la civilización peruana, y mestizo, producto degenerado tras la llegada europea. Esto quedaría demostrado en la metalurgia antigua que, habiendo alcanzado un gran desarrollo en tiempos prehispánicos, constituía un arte olvidado y por ende reflejaba una degeneración del espíritu (Boman 1991 [1908]). La ausencia de tradiciones pictográficas entre los grupos contemporáneos le permitía arribar a la misma afirmación. Si bien le interesaba hacer un rastreo temporal

de las diferentes evidencias arqueológicas, su principal preocupación era la recolección de información de las sociedades aún vivas, que pronto sucumbirían. Asimismo las mediciones antropométricas daban cuenta del quiebre entre los antiguos pobladores hace-dores de civilizaciones y los grupos indígenas presentes. Estos dispositivos médicos fueron empleados para determinar científicamente la inferioridad de las etnias nativas y sus diferencias en el tiempo. Esta metodología de estudio era coherente a la realizada desde el gobierno nacional. Subyace, en ambos casos, la aplicación de un discurso teñido de etnocentrismo y la aplicación de teorías biologicistas y positivistas, consecuentes con el exterminio paralelo de los indígenas en otras regiones del país.

En este contexto, el poblador local podía facilitar (colaborando como peones, brindando información o antigüedades) o interponerse (negándose a ser medidos, a entregar objetos antiguos) en el desarrollo de las investigaciones (Ambrosetti 1897b; Boman 1991 [1908], entre otros), sin importar las causas de sus resistencias en tanto no eran sujeto sino objeto de estudio (Haber 1994). La presencia de objetos europeos hallados en sitios arqueológicos sirvió principalmente como indicador cronológico. Ambrosetti (1902) da a conocer una muela de caballo del sepulcro de La Paya, la cual permitió contextualizarlo como del momento inicial de la conquista. Esta modalidad de entender el registro arqueológico se relaciona con la concepción de que los restos eran parte de un pasado lejano sin continuidad con el presente y más allá de la distancia temporal real, la brecha entre pasado y presente era cognitiva y cultural. Es que el objetivo de estudiar la cultura indígena era elaborar un cuadro lo más exacto posible al encontrado por los españoles, eliminando aquellos elementos adoptados con posterioridad (Podgorny 2004).

Frente a lo dicho en este período sobresale una preocupación de carácter aglutinador-comparativo, lo cual remite a su metodolo-

gía basada en la clasificación de elementos materiales para designar filiación cultural y su carácter comparativo entre determinados grupos, tanto transcontinental como temporalmente. Se priorizó la acumulación de la evidencia material en menoscabo de su contexto de hallazgo. Las variables temporales fueron contempladas para lograr delinear un antes y después de la conquista pero sobre todo para establecer la gran antigüedad del territorio nacional. Una preocupación fue reconocer la presencia incaica en el área, verdadero hito dentro de la historia prehispánica al ser considerada por muchos como herencia civilizatoria sobre los pueblos locales. Este interés, sin embargo, no se tradujo en la búsqueda de una continuidad histórica tal como los primeros independentistas habían propuesto. La antigüedad de los pueblos aborígenes constituía un problema a ser resuelto, pero que debido al estado actual de los conocimientos y de las técnicas, era entendido aún como inabordable (Ameghino 1918 [1880]). La formación de variadas colecciones de la antigüedad calchaquí era necesaria antes que el patrimonio se destruyera por la reutilización de las pircas o comercio de piezas. El espacio fue tomado como algo dado, lugar homogéneo y continuo donde se sucedieron diversos grupos en el tiempo. La noción de tiempo, entendido como un desarrollo lineal interrumpido y escalonado, en el que las sociedades podían sobrevivir exitosamente o morir y ser reemplazadas por otras, incidió en la metodología e interpretaciones finales. Las escalas temporales finas no eran objeto de interés. Es que el modo de entender los grupos locales y las escalas temporales de estudio se interrelacionan ya que la dicotomía “gruesa” entre civilizados y bárbaros era un obstáculo para el planteamiento contundente o complejo de una secuencia temporal (Nastri 2005).

Este tipo de práctica arqueológica -narrativa histórica subyacente- era coherente a la legitimación de ciertos estigmas elaborados desde las ideologías dominantes y de edificación nacional al (re)construirse un pasado indígena ajeno a la nueva nación. La historia

de las poblaciones locales era objeto de interés erudito pero la misma no tenía vínculo con la Argentina. La arqueología, siguiendo los lineamientos generales, elaboró una narrativa en donde lo que primó fue la sucesión de dos presencias, la “calchaquí” y la “blanca” en los valles Calchaquíes. El punto de contacto fue la conquista española y su fin, las desnaturalizaciones. Este momento es visto románticamente como aquél donde el pasado remoto se pierde y a la vez confluye diluido con el presente. El tiempo antiguo se mantiene aún en el paisaje (vicuñas y guanacos) y la cultura (ruinas), formando un todo excéntrico y alejado de la sociedad de Buenos Aires. Éste poco tiene que ver con el origen de la identidad argentina. Así, Ambrosetti observaba con romanticismo, mezclado con literatura poética, que: “En aquella región [valle Calchaquí], el viajero tropieza a cada instante con ruinas de murallas, fortalezas, pueblos y edificios, cuyo trabajo ciclópeo lucha aún a brazo partido con el tiempo, que inexorable y tenaz derriba poco a poco cada una de sus piedras” (Ambrosetti 1899: 5). Y agregaba “La serpiente, otrora sagrada guardiana de los muertos [por su frecuencia a estar dibujas en las urnas santamarianas], custodia a esas viejas ruinas, viviendo entre las piedras derribadas y espantando con sus silbidos a las vicuñas y guanacos, que vagan en la soledad” (Ambrosetti 1899: 5). La arqueología de este período mantiene y refuerza, a través de la selección de restos materiales pasados, la concepción provista por la historiografía argentina sobre una falta de continuidad entre pasado prehispánico y poblaciones locales. Tal como lo expresa Haber (1999: 129) para comprender la definición de la arqueología en Argentina es importante considerar “la previa definición que cada sociedad tiene de sí, de su historia, de su tradición nacional”. La arqueología se delimitó como campo de conocimiento encargado de generar narrativas acerca del pasado anterior a la conquista (Haber 1994), configurando un escenario previo a la historia “montado para esperar a que lo ocupen los verdaderos actores de la historia” (Haber 1994: 32). En sintonía con

el pensamiento dominante se consideraba que la expedición de Núñez de Prado, a diferencia de las dos primeras “entradas”, fue trascendente ya que permitió la conquista del Tucumán (Quiroga 1992 [1897]: 272). Esta prehistoria “descubierta” era coherente con la historia argentina oficial.

Si bien en este período se emplean las narrativas generadas por los jesuitas se ven a los grupos nativos como luchadores tanto en la época colonial como en la de la independencia y en las luchas civiles posteriores, lo cual contribuye a generar a nivel regional una continuidad histórica, que hace a la configuración de la nación actual. En vinculación con las narrativas posteriores, y en forma concomitante al esfuerzo de la elite criolla en buscar los referentes de la nación en la Europa del progreso, estos autores negaban el pasado colonial, ejemplo del atraso que había significado la dominación española y que se había comenzado a revertir con la Revolución de Mayo.

Sin embargo existieron reflexiones sobre el trato hacia los indígenas contemporáneos. Lafone Quevedo expresaba “En nuestros días no se ha necesitado cien años para dar cuenta de centenares de Indios Pampas, advirtiéndolo que nosotros en este siglo de libertad y de ilustración hemos separado padres de hijos, y nos hemos olvidado de que los caciques son los Gobernadores de esos pobres infelices y por lo tanto acreedores a alguna consideración. Los jesuitas influyeron con el Gobernador Mercado para que no se dispersasen los individuos de una misma familia, y el buen sentido del español conservaba al cacique el trato de Don y le exoneraba de servicio personal. ¿Se nombró algún Protector de indios para los pobres Pampas que fueron destinados a la esclavitud en los ingenios de Tucumán? ¿Se ha averiguado cuál ha sido la suerte de estos desgraciados cautivos? Estas serán las preguntas que hará la posteridad a nuestra época” (Lafone Quevedo 1888: 41). Ambrosetti meditaba sobre los indios reducidos en San Antonio de Obligado, Santa Fe:

“¿Qué pensarán de nosotros, los blancos, que valiéndonos de nuestra superioridad y en nombre de principios de civilización los arrancamos de sus hogares después de una espantosa carnicería, cazados como fieras, para sujetarlos después a un régimen que no es el suyo y para enseñarles cosas que no comprenden ni necesitan saber? ¿Los habremos hecho más felices?” (Ambrosetti 2005 [1893]: 91-92).

LA ARQUEOLOGÍA DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX

Este período (1910-1955), cristalizará un pasado prehispánico totalmente ajeno al presente. Resultado de la refutación por A. Hrdlička de las propuestas de Ameghino sobre el hombre paleolítico americano, una corriente antievolucionista irá consolidando la idea de un pasado indígena breve, apenas precedido de la conquista europea, en detrimento de aquella que buscaba distinguir en América las mismas épocas y una cronología relativa similar a las europeas (Podgorny 2001). Esto dio comienzo al análisis del NOA prehispánico principalmente a partir del “uso y abuso de los documentos redactados por cronistas, militares y sacerdotes de la Conquista que eran utilizados para interpretar los materiales arqueológicos en forma directa” (Tarragó 2003: 22), dando lugar a una arqueología más interesada en la distribución espacial de los grupos aborígenes que en su desarrollo histórico. Paradójicamente, y a diferencia con el período anterior, hubo un aumento de los trabajos de excavación encargados por la Universidad de Buenos Aires que fue imponiendo gradualmente el abandono de la línea interpretativa en detrimento de descripciones completas de los contextos de hallazgos (Nastri 2003). Sin embargo la metodología de investigación tendiente a reconocer la profundidad histórica fomentada por Ambrosetti fue dejada de lado por una perspectiva temporal horizontal, de reconstrucción etnográfica, iniciada por Boman (Tarragó 2003). Asimismo una narrativa más científica va quitando el elemento

de hazaña de los calchaquíes históricos como parte integral de los trabajos. En *Los aborígenes argentinos* de Félix Outes y Carlos Bruch (1910) se observan algunos de los principales rasgos del período: agrupamiento de los pueblos en “provincias geo-étnicas” y descripción desde su “aspecto exterior, lenguas, usos y costumbres” (Outes y Bruch 1910: 6). Al describir a los pueblos del NOA enunciaban que estaban “actualmente extinguidos”, misma expresión empleada para la fauna pleistocénica. Esta extinción empieza con el contacto con el español.

CASPINCHANGO, ÚLTIMA MANIFESTACIÓN MATERIAL LOCAL

Fue Salvador Debenedetti quien inauguró en 1921 un interés explícito en el estudio material de momentos de contacto. A partir del análisis del estilo cerámico caspinchango, Debenedetti comentaba que esta alfarería “es de factura ordinaria y marca una bien marcada decadencia con respecto a la que, generalmente se conoce como procedente del valle de Yocavil. Tanto la forma como el decorado se apartan en absoluto de los clásicos tipos” (Debenedetti 1921: 18). Y continuaba “La degeneración del arte de la cerámica moderna (...) es demasiado evidente y no sólo demuestra, para los pueblos de aquel pasado momento, un desconocimiento absoluto del arte antiguo (...) sino la incorporación de una técnica nueva” (Debenedetti 1921: 28). Lejos quedaba la idea de grupos procedentes de otras regiones que llevaban a la degeneración de las artes locales. Por el contrario, ésta coincidiría con el momento de la interacción con los españoles y de este modo en vez de enfatizar la continuidad indígena bajo presiones ibéricas prioriza su lenta decadencia hasta la muerte, desaparición y reemplazo poblacional, aplicando una noción de cultura como un ente monolítico que cambia en forma brusca. Esta interpretación para explicar los cambios es totalmente ajena a las circunstancias de confinamiento de las sociedades locales por los españoles. Los indígenas de Caspinchango perdieron pasivamente sus tradiciones y no dejaron huella en la cultura criolla. Outes (1922-

23) criticó al año siguiente algunos de estos conceptos, especialmente en lo que hace al corte abrupto entre la ornamentación y morfología cerámica santamariana y caspinchango. Por el contrario, contempló las diferencias a través de la situación de aislamiento social a la que la región había sido sometida tras la llegada de los españoles, “factores perturbadores decisivos” (Outes 1922-23: 279) (detalles de las discrepancias entre ambos autores en Haber 1999: 133-134). Debenedetti (1921) valorizaba la asociación de restos indígenas y españoles como jalón cronológico absoluto de referencia, al tiempo que se lograba determinar con exactitud el ámbito del quehacer arqueológico. Si bien la publicación de Debenedetti constituyó la primera mención minuciosa de cultura material indígena local asociada a restos europeos de momentos de contacto a su vez llevó a sellar una ruptura con la historia posterior (Haber 1999). No obstante, la génesis de esta perspectiva estaba en el período anterior: lo hispánico en el registro arqueológico era anómalo y sólo un marcador cronológico.

HACIA UNA HISTORIA DE LA NACIÓN ARGENTINA

Entre 1936 y 1950 apareció la primera edición de la *Historia de la Nación Argentina*. El tomo I está dedicado por un lado, al “hombre prehistórico” y “geología cuaternaria” y por otro, a los “aborígenes prehispánicos e históricos” de Argentina. Aborígenes y arqueología se equiparan al capítulo inicial de la historia de la nación (Podgorny 2004), manteniendo un corte cultural y simbólico entre éstos y la sociedad de la nación argentina. En este último segmento encontramos una serie de capítulos dedicados a “las culturas indígenas del Noroeste”, centradas en las regiones de la Quebrada de Humahuaca y altiplano andino (por Eduardo Casanova), la provincia de los Diaguitas (por Fernando Márquez Miranda) y la llanura de Santiago del Estero (por Emilio y Duncan Wagner). Mientras que los contenidos sobre las sociedades indígenas fueron organizados por regiones, el resto de la edición lo fue en orden cronológico. Las obras de Casanova y Márquez Miranda se estructuran en forma

similar al asumir una asociación entre medio, cultura y región (Podgorny 2004). El discurso sobre la época prehispánica subyacente y su no conexión con la etapa histórica refleja la misma narrativa de 50 años antes y por lo tanto demuestra la vigencia de la historia oficial en la arqueología. Los trabajos articulan información etnográfica, etnohistórica y arqueológica. En relación con el período previo se destacan pocos cambios: “los restos encontrados en los valles se consideraban como sincrónicos sin atender a la clara diacronía que ya había percibido Uhle en la primera década del siglo XX” (Tarragó 2003: 22). Para las poblaciones de los valles Calchaquíes, Márquez Miranda enfatizaba que se trata de poblaciones belicosas, que “para humillarlas definitivamente, hubo que desarraigas de su tierra” (Márquez Miranda 1955 [1936]: 275). Como en el período anterior, las mediciones osteológicas permiten elaborar tipos humanos, lográndose distinguir dos poblaciones, una extinguida y una mestiza actual (Márquez Miranda 1955 [1936]).

Para los valles Calchaquíes, Márquez Miranda enumeraba las piezas arqueológicas halladas sin dar cuenta de referencias cronológicas. Dado que se consideraba que los grupos descritos en las fuentes históricas se habían perpetuado desde un pasado muy remoto (González 1985) era posible trazar una brecha insoslayable entre pasado y presente. Tal como lo expresaba Casanova: “La cronología de los humahuacas no es posible establecerla desde sus orígenes. Por algunos elementos de comparación puede aceptarse que el desarrollo de su cultura es anterior al imperio incaico y afirmarse que persistió durante éste, alcanzando hasta la conquista española” (Casanova 1955: 239).

En este período se diferencia un momento de ocupación prehispánica y uno posterior al descubrimiento, sin establecer puentes entre pasado y presente. Sin embargo se inauguró una etapa en la arqueología donde los pobladores modernos de los valles fueron ignorados. A pesar de la información referida a momentos de contacto, en estos trabajos no hay siquiera una arqueología de contacto reconocida. La

llegada de los blancos marcó el principio del fin: “los humahuacas vencidos fueron unos repartidos y otros huyeron internándose en pleno Chaco. Su *misión había terminado* y sus alaridos de guerra no resonarían más” (Casanova 1955 [1936]: 239-240, énfasis nuestro). Sobre los momentos iniciales de contacto hasta las desnaturalizaciones no hay referencias explícitas. Se trata de un fenómeno tomado como dado: “los humahuacas lucharon con la valentía de su raza e intentaron detener la marcha victoriosa de los invasores, pero *el destino estaba marcado* y poco después se *iniciaba la desaparición* de aquella viril raza” (Casanova 1955 [1936]: 216-217, énfasis nuestro).

Este período prioriza la dimensión espacial, ya que las discusiones sobre los pueblos aborígenes y su cultura material se desplazaron desde el problema de la antigüedad al de la distribución geográfica. Los estudios arqueológicos dividirán el país según áreas de influencia de las poblaciones nativas y las fuentes escritas se tomarán como fuente de información en vez de contrastación. Por otro lado, se generaron narrativas históricas a partir de dos dicotomías temporales: antes- después de los incas y de los españoles. Se trata de espacios con un “eterno” pasado hasta la llegada de los europeos, sin analizar el uso diferencial de espacio y prácticas sociales alternativas en el tiempo. Como en el período anterior, el espacio constituye, no obstante, un ente fijo, independiente de las prácticas sociales. Lo inca será resaltado pero no como fuente de ligamento histórico, sino como sinónimo de alta cultura. Sin embargo, en continuidad a la historiografía vigente, lo inca no tiene relevancia en la creación de la historia nacional ni local.

CONCLUSIONES

Los valles Calchaquíes han tenido a lo largo de más de 400 años narrativas históricas diferentes según el período de estudio y coyuntura política. Detrás de estas narrativas subyacen diversas miradas de cómo fueron y son concebidos los grupos locales contemporáneos.

Los “padres de la patria” tendían a verlos como indios o mestizos, resultado del degeneramiento de una raza más avanzada que había poblado hacía mucho tiempo América o con un pasado civilizado debido a la influencia cultural de los incas. Durante los inicios de la configuración nacional esta última narrativa no prosperó y junto con las sociedades recién conquistadas de Patagonia y Chaco, estos grupos fueron “factor de resistencia que potenciaba la voluntad de fuerza y de dominio y reforzaba la identidad interna, como símbolo de imperativos no cumplidos de integración espacial, y sobre todo como reflejo contrapuesto que magnificaba la identificación de la sociedad mayoritaria con la anhelada pertenencia a un estadio evolutivo conceptualizado como de ‘civilización’ y ‘progreso’” (Quijada 2003: 488). Los descendientes de los calchaquíes quedaron en este sentido al amparo del progreso y participación en la sociedad criolla. O, en otros casos, como incapaces de acceder a sus ventajas.

La arqueología inicial buscó recuperar vestigios del mundo cultural indígena que iban a conformar los grandes museos nacionales. El uso directo de las fuentes escritas contribuyó a dirigir las primeras exploraciones e interpretaciones. Los grupos locales del NOA fueron vistos como mestizos, indios o criollos resaltando la unión –y el grado de cada componente- entre lo hispánico y lo indígena. Subyace en muchos de sus trabajos la idea de que los pueblos aborígenes eran representantes de la infancia del “hombre argentino” (Podgorny 1999). En este contexto “aún cuando el discurso historicista intentó incorporar a estos grupos dentro de la historia nacional, lo hizo marcándolos como otros-bárbaros de los que había que recolectar sus producciones culturales porque se encontraban en peligro de extinción” (Babot 1998: 166). Sitios con presencia de material europeo fueron interpretados como evidencia de la pérdida de la cultura tradicional y la adquisición de una nueva.

El despoblamiento de los valles Calchaquíes fue un evento histórico que tuvo un análisis

particular ya que fue determinante en los procesos locales. Para las crónicas españolas remitió a lograr con éxito el proceso de conquista y colonización malograda durante 120 años. Para la historia de la nación no revistió de grandes consecuencias porque fue visto como parte de la historia anterior a su constitución. Para las narrativas arqueológicas fue un hito que marcó la muerte definitiva de los grupos locales. En todos los casos, las narrativas perdieron la huella de los grupos conduciendo a la tendencia a la homogeneidad cultural de los mismos. Hacia el inicio del siglo XX los viajeros podían ver trazas de antiguas costumbres que sólo podían ser explicadas como reminiscencias de un tiempo remoto. Común a esta narrativa y a la oficial de aquellos tiempos subyace una mirada que no lograba reconocer que esos grupos eran sus contemporáneos. Esos discursos suponían que los grupos locales vivían en otro tiempo, noción que fue acuñada por Fabian (2002) como negación de la contemporaneidad (denial of coevalness).

A inicios del siglo XX se dio un proceso de elaborar pasados y tradiciones nacionales, en donde lo criollo constituirá las verdaderas raíces de la nacionalidad argentina, con el fin último de amoldar los múltiples orígenes de la inmigración europea. El ideal de sociedad europea en Argentina se ve también en el Segundo Censo Nacional de 1895 donde se buscó acomodar la población local al mito de la Argentina blanca inmigrante. Para eso estuvieron ausentes, llamativamente, la categorías raciales negando el reconocimiento de las poblaciones no blancas y clasificándolas como criollas en vez de mestizas (Chamosa 2008). El informe avanzaba que la cuestión racial no tenía sentido de ser relevada en tanto que la mayoría de los entrevistados se identificarían como blancos (Chamosa 2008). Asimismo, los estudios folclóricos resaltaron el componente hispánico, mientras que el indígena se constituyó mero receptor pasivo de las influencias españolas (De Jong 2005). Por tal motivo, la imagen negativa del indio se transforma al hacer referencia al indio histórico: los calchaquíes aparecen como bravos guerreros,

esta vez siendo parte de la historia argentina, como en la Revolución de Mayo: “Llegó el momento. Las dianas de Mayo volaron en alas del viento a través del virreinato (...) De la tierra brotó el hombre: Güemes; ¡alrededor de él los calchaquíes, luchando con bravura, dueños ya de ese caballo y de esas mismas armas que antes los vencieran, tornáronse en vencedores, escribiendo en las páginas de la historia con la punta de sus chuzas (...) la gloriosa epopeya de los gauchos de Salta!” (Ambrosetti 1897b: 303-305). También es posible ver una continuidad entre el heroísmo de Juan Calchaquí y el de las fuerzas independentistas como parte del proceso constructivo de la nacionalidad argentina en los trabajos de Quiroga (1992 [1897]). Más tarde, en 1927, Lehmann-Nitsche destaca de interés para la historia argentina la colección de esqueletos indígenas de La Plata como ‘panteón’ de los héroes autóctonos que defendieron el suelo patrio de la pampa contra los intrusos invasores de raza ajena (Podgorny 2004). Siendo ya lo indígena objeto de distanciamiento temporal, sólo restaba otorgarle un lugar basal —y de alcance local— en la nación. De todos modos, hay un apartamiento de las concepciones de Sarmiento quien veía a los aborígenes como ajenos a los procesos de constitución nacional. En este sentido es posible diferenciar dos modalidades de construcción histórica: macro-historia nacional donde los grupos indígenas están invisibles y micro-historias de alcance local o regional en donde éstos cobran significación histórica en tanto contribuyeron a la formación del estado nacional.

Las décadas del ‘50 y ‘60 reinauguraron el interés por la cuestión cronológica. La seriación de los conjuntos cerámicos y la aparición de la técnica radiométrica fueron definitivas en este sentido. González (1955) define un período Hispano-Indígena precediendo al colonial dentro de la secuencia del NOA. Se presenta por un lado el problema de la materialidad y la búsqueda de una interpretación sincrónica del estudio arqueológico y por otro, el de reconocer cómo las diversas estrategias de la conquista sobre los valles Calchaquíes fueron alterando la vida de la población local. Esta

propuesta tendió a generar puentes entre historia y prehistoria. Valiéndose del empleo del materialismo histórico, a mediados de la década de 1970, Núñez Regueiro (1974) presentó una reformulación del esquema de desarrollo cultural reconociendo la ruptura de la organización socioeconómica indígena y la incorporación de elementos culturales durante la época de la conquista europea. Detrás de estos cambios subyace una nueva manera de ver el registro arqueológico afinando las escalas tempo-espaciales, modalidad que se mantiene hasta la actualidad y que será objeto de análisis en una próxima publicación de la autora. Basta aquí agregar que en los últimos años han existido diversas voces críticas a la modalidad de los estudios de momentos de contacto en el NOA, siendo Haber (1999) quien ha puesto de manifiesto que la aplicación del enfoque iniciado por Debenedetti condujo a la negación de la cuestión colonial como problema de competencia arqueológica así como de la continuidad histórica de las comunidades nativas generando un corte entre el pasado prehispánico y el presente. Este ruptura la denominó metafísica y evaluó detrás de ésta una brecha teórica, una metodológica, una división del trabajo intelectual sobre el pasado entre la historia y la arqueología a la vez que vislumbró que se trataba de un corte entre historia y presente etnográfico y exclusión de los grupos locales dentro del desarrollo histórico de la nación argentina (Haber 1999).

Hayan sido denominados “calchaquíes” por los primeros investigadores, “diaguitas” tras una reinterpretación de las fuentes etnohistóricas o recientemente “cultura Santa María”, en sintonía con el desarrollo de la arqueología moderna (Nastri 2003), los indios de la conquista se quedaron en el tiempo rezagados, en una historia que los aniquiló sin dejar huella. El silencio sobre la existencia de un período hispano-indígena puede ser entendido como parte de un proceso mayor de fijación de sentidos sobre la historia propuesta por un país en desarrollo, con perfil eurocentrista. Desde la narrativa de los cronistas, según las cuales los europeos traían prosperidad y moral,

hasta la concepción de la época republicana, que consideraba la necesidad de dominio de los territorios indígenas para el crecimiento -civilización- del país, ha imperado una legitimación de las relaciones de poder desiguales a las que se vieron sometidos los pueblos locales del NOA. Se negó la historia de un segmento de la población, las comunidades indígenas, para reafirmar la historia nacional y en ocasiones fueron incorporadas en las historias locales estigmatizándolas como otros culturales.

Si tenemos en cuenta el concepto de campo científico acuñado por P. Bourdieu (2003) como un campo de fuerzas dotado de una estructura, así como un campo de luchas para conservar o transformar ese campo de fuerzas, es posible destacar que el modo de narrativa arqueológica hasta mediados de la década de 1950 estuvo permeado por un contexto político de negación del indígena. Partiendo de la idea de que el pasado social de los agentes que integran el campo es especialmente determinante cuando se trata de hacer ciencias sociales (Bourdieu 2003) debemos destacar que la mayoría de los primeros americanistas formaban parte de la elite letrada de fines del siglo XIX y principios del XX, coyuntura política donde se homologaba la sociedad argentina a la sociedad blanca y cuyas políticas de estado confirmaban tal anhelo. La selección de materiales arqueológicos considerados relevantes, así como de las fuentes escritas de corte jesuítico de la época de la conquista destinadas a su estudio se acomodaron a este contexto mayor. El resultado fue una coherencia entre la narrativa arqueológica y la historia oficial, así como la acumulación de capital simbólico a través de su contribución a la grandeza nacional y de la posesión de símbolos de estatus otorgados por los objetos recuperados. La existencia de dos actitudes diversas frente al indio, una romántica y otra fuertemente cargada de los parámetros del evolucionismo, no conducen a conflicto dentro del campo científico debido a que ninguna genera continuidad histórica ni lazos reales con la nación. En ambas posturas, presentes sin contradicción entre muchos de

los autores, hay una justificación de los procesos de conquista como mecanismo de maximización de su capital simbólico. Costumbres, ruinas y gente forman parte de un pasado casi perdido y que quedó fuera del tiempo. Al finalizar los procesos de configuración del territorio nacional y al darse como asunto muerto la existencia de grupos indígenas, la arqueología ve desaparecer los grupos locales contemporáneos como objeto de descripción y, junto a éstos, su continuidad histórica (con el inicio de la segunda etapa propuesta). Es recién a mediados del siglo XX, en un contexto de creciente politización en ciencias sociales, que se dan luchas entre los agentes que conforman el campo científico de la arqueología y que se tradujeron en cambios metodológicos y discusiones teóricas (González 1985; Madrazo 1985).

La arqueología en el NOA desde sus inicios buscó ordenar el espectro material, contraparte de la información histórica de los grupos previos a la llegada europea. La propuesta histórica ya estaba escrita por los padres de la patria, quienes también habían planificado el destino de los grupos locales. A través de la colección, la clasificación y la comparación de los vestigios materiales la arqueología se definió a sí misma, señalando un camino que terminó negando al indígena y su participación en la historia nacional, a la vez que reconoció desde sus orígenes la importancia de determinar la antigüedad del hombre en el país y sus diferencias desde un punto de vista racial, lingüístico y cultural.

AGRADECIMIENTOS

A la Dra. Paola Ramundo y la Dra. Laura Quiroga que leyeron este artículo en diversas instancias de su elaboración. El mismo forma parte de los contenidos de la monografía final de un seminario dictado por la Dra. Irina Podgorny en 2009. A todas ellas, muchas gracias. También agradezco los comentarios de uno de los evaluadores quien me sugirió la lectura de bibliografía.

NOTAS

- 1 Con este término enfatizamos una idea de homogeneidad de las sociedades prehispanicas por sobre sus diferencias, tal como eran vistas por las versiones de la historia colonial y republicana.
- 2 Esta excursión fue realizada en vísperas de la campaña militar de J. Roca: “El año 1879 tendrá en los anales de la República Argentina una importancia mucho más considerable que la que le han atribuido los contemporáneos (...) la supresión de los indios ladrones que ocupaban el Sur de nuestro territorio y asolaban sus distritos fronterizos” (Doering y Lorentz 1881: VII).

REFERENCIAS CITADAS

- AMBROSETTI, J. B.
1897a La Antigua Ciudad de Quilmes (Valle Calchaquí). *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* 18: 33-70.
1897b Por el Valle Calchaquí. *Anales de la Sociedad Científica Argentina* 44: 289-305.
1899 *Notas de arqueología calchaquí*. Imprenta y Litografía La Buenos Aires, Buenos Aires.
1902 El sepulcro de “La Paya” últimamente descubierto en los valles Calchaquíes (Provincia de Salta). *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires* 8: 119-148.
1904 *El bronce en la región calchaquí*. Anales del Museo Nacional de Buenos Aires 11:163-312.
1967 *Supersticiones y Leyendas*. Castellví, [1917] Santa Fe.
2005 *Viaje de un maturrango y otros [1893] relatos folklóricos*. Nueva Dimensión, Buenos Aires.
- AMEGHINO, F.
1918 *La antigüedad del hombre en el Plata*. [1880] La Cultura Argentina, Buenos Aires.
- APPADURAI, A.
1991 Introducción: las mercancías y la política del valor. En *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*, editado por A. Appadurai, pp. 17- 87. Grijalbo, México.

ARCHIVO GENERAL DE INDIAS

1657- *Sobre los Autos de don Pedro*

1959 *Bobórqez*. Instituto Ravignani, Universidad de Buenos Aires.

BABOT, M. P.

1998 La arqueología argentina de fines del siglo XIX y principios del XX a través de J. B. Ambrosetti. *Mundo de Antes* 1: 165-192.

BIXIO, B. Y E. BERBERIÁN

2007 Primeras expediciones al Tucumán: reconocimiento, valor del espacio y poblaciones indígenas. *Andes* 18: 101-127.

BOMAN, E.

1991 *El Desierto de Atacama. Ruinas, [1908] cementerios, petroglifos Antigüedades de la región andina de la República Argentina y del desierto de Atacama.* Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy.

BOURDIEU, P.

2003 *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad. Curso del College de France 2000-2001.* Anagrama, Barcelona.

CASANOVA, E.

1955 La Quebrada de Humahuaca. *Historia [1936] de la Nación Argentina*, tomo I, pp. 213-240. Junta de Historia y Numismática Argentina, Buenos Aires.

CHAMOSA, O.

2008 Indigenous or Criollo: The Myth of White Argentina in Tucumán's Calchaquí Valley. *Hispanic American Historical Review* 88: 71-106.

DEBENEDETTI, S.

1921 La influencia hispánica en los yacimientos arqueológicos de Caspinchango. *Revista de la Universidad de Buenos Aires* 46: 745-788.

DECOSTER, J.

2005 Identidad étnica y manipulación cultu-

ral: la indumentaria inca en la época colonial. *Estudios Atacameños* 29: 163-170.

DE JONG, I.

2005 Entre indios e inmigrantes: el pensamiento nacionalista y los precursores del folklore en la antropología argentina del cambio de siglo (XIX-XX). *Revista de Indias* 65: 405-426.

DEL TECHO, N.

1673 Historia de la provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús. http://www.bvp.org.py/biblio_hm/techo4/ficha.htm (Acceso: 12 de enero de 2010).

DÍAZ-CABALLERO, J.

2005 El incaísmo como primera ficción orientadora en la formación de la nación criolla en las Provincias Unidas del Río de la Plata. *A Contracorriente* 3 (1): 67-113.

DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA ARGENTINA

1929 *Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay, Chile y Tucumán de la Compañía de Jesús (1615-1637)*, tomo XX. Casa Peuser, Buenos Aires.

DOERING, A. y LORENTZ, P.

1881 *Informe Oficial de la Comisión Científica agregada al Estado Mayor General de la expedición al Río Negro realizada en los meses de Abril, Mayo y Junio de 1879, bajo las órdenes del General Julio A. Roca.* Imprenta de Ostwald y Martínez, Buenos Aires.

FABIAN, J.

2002 *Time and the Other: How Anthropology Makes its Object.* Columbia University Press, New York.

FERNÁNDEZ RETAMAR, R.

2006 *Pensamiento de nuestra América. Autorreflexiones y propuestas.* Clacso, Buenos Aires.

GANDÍA, E.

- 1935 *Historia de Santa Cruz de la Sierra. Una nueva república en Sud América*. Talleres gráficos argentinos de L. J. Rosso, Buenos Aires.

GONZÁLEZ, A.

- 1955 Contextos culturales y cronología relativa en el área central del NO Argentino. *Anales de Arqueología y Etnología* XI: 7-32.
- 1985 Cincuenta años de arqueología del Noroeste argentino (1930-1980). *American Antiquity* 50 (3): 505-517.

GONZÁLEZ BOIXO, J.

- 1999 Hacia una definición de las crónicas de Indias. *Anales de Literatura Hispanoamericana* 28: 227-237.

GUEVARA, J.

- 1764 Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán. <http://www.alcudiavirtual.ua.es/servlet/SirveObras/acadLetArg/12257293119033728321213/index.htm> (Acceso: 29 enero de 2009).

HABER, A.

- 1994 Supuestos teórico-metodológicos de la etapa formativa de la arqueología de Catamarca (1875-1900). *Publicaciones Arqueología* 47: 31-54.
- 1999 Caspinchango, la ruptura metafísica y la cuestión colonial en la arqueología sudamericana: el caso del noroeste argentino. *Revista del Museu de Arqueologia e Etnologia* 3: 129-141.

HABER, A., C. LEMA Y M. QUESADA

- 2006 Silenciamiento de la resistencia indígena en la Puna de Atacama. *Aportes científicos desde Humanidades* 6: 190-198.

KAULICKE, P.

- 2003 Memoria historiografiada y memoria materializada: Problemas en la percepción del pasado andino preeuropeo. *Estudios Atacameños* 26: 17-34.

LAFONE QUEVEDO, S.

- 1888 *Londres y Catamarca*. Imprenta y Librería de Mayo, Buenos Aires.
- 1890 Notas arqueológicas: a propósito de un objeto de arte indígena. *Anales del Museo de La Plata*, Sección Arqueología 1: 3-13.
- 1919 Las migraciones de los kilmes y la historia de las mismas. *Revista de la Universidad de Buenos Aires* 43: 342-354.

LEVILLIER, R.

- 1926 *Papeles eclesiásticos del Tucumán, Documentos Originales del Archivo General de Indias*, Vol. 1. Colección de Publicaciones Históricas de la Biblioteca del Congreso. Imprenta J. Pueyo, Madrid.

LIBERANI, I. Y R. HERNÁNDEZ

- 1950 *Excursión arqueológica en los valles [1877] de Santa María, Catamarca*. Instituto de Antropología, San Miguel de Tucumán.

LOZANO, P.

- 1875 *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*. Noticias del autor, notas y suplementos por Andrés Lamas. Imprenta Popular, Buenos Aires.

MADRAZO, G.

- 1985 Determinantes y orientaciones de la antropología argentina. *Boletín del Instituto Interdisciplinario de Tilcara* 1: 13-56.

MÁRQUEZ MIRANDA, F.

- 1955 La antigua provincia de los Diaguitas. [1936] *Historia de la Nación Argentina*, tomo I, pp. 259-309. Junta de Historia y Numismática Argentina, Buenos Aires.

MATIENZO, J.

- 1967 *Gobierno del Perú*. Instituto de [1567] Estudios Andinos, Lima.

- MITRE, B.
1954 *Las Ruinas de Tiabuanaco (Recuerdos [1879] de viaje)*. Hachette, Buenos Aires.
- MORENO, F.
1890- Exploración arqueológica de la
1991 provincia de Catamarca: 3-21. Separata con numeración independiente de *Revista del Museo de La Plata* 1.
- NASTRI, J.
2003 Aproximaciones al espacio calchaquí. En *Anales. Nueva Época 6: Local, regional, global: Prehistoria, protohistoria e historia en los valles Calchaquíes*, editado por P. Cornell y P. Stenborg, pp. 99-125. Instituto Iberoamericano, Universidad de Goteborg.
2005 *La construcción arqueológica del pasado. Los primeros americanistas (1876-1926) y la recuperación de las culturas indígenas de los valles Calchaquíes*. Tesis de maestría, Universidad Nacional de General San Martín. Ms.
- NÚÑEZ REGUEIRO, V.
1974 Conceptos instrumentales y marco teórico en relación al análisis del desarrollo cultural del Noroeste Argentino. *Revista del Instituto de Antropología* 5: 169-190.
- OUTES, F.
1922- Nota crítica del estudio de Salvador
1923 Debenedetti “La influencia hispánica en los yacimientos arqueológicos de Caspinchango”. *Revista de la Universidad de Buenos Aires* 46: 745-788.
- OUTES, F. Y C. BRUCH
1910 *Los aborígenes argentinos*. Estrada, Buenos Aires.
- PODGORNY, I.
1999 De la antigüedad del hombre en el Plata a la distribución de las anti-
güedades en el mapa: los criterios de organización de las colecciones antropológicas del Museo de La Plata entre 1897 y 1930. *Manguinhos* 6 (1) 81-101.
- 2001 La clasificación de los restos arqueológicos en la Argentina, 1880-1940. La diversidad cultural y el problema de la antigüedad del hombre en el Plata. *Saber y tiempo* 12: 5-26.
- 2004 “Tocar para creer”. La arqueología en la Argentina, 1910-1940. *Anales del Museo de América* 12: 147-182.
- QUIJADA, M.
2003 “Hijos de los barcos” o diversidad invisibilizada? La articulación de la población indígena en la construcción nacional Argentina. *Historia Mexicana* 53 (2): 469-510.
- QUIROGA, A.
1992 *Calchaquí*. TEA, Buenos Aires.
[1897]
- RIVAS, P.
1884 *Efemérides americanas desde el descubrimiento de la América hasta nuestros días*. Establecimiento Tipo-Litográfico de los sucesores de N. Ramírez, Barcelona.
- TARRAGÓ, M.
2003 La Arqueología de los Valles Calchaquíes en perspectiva histórica. En *Anales. Nueva Época 6: Local, regional, global: Prehistoria, protohistoria e historia en los valles Calchaquíes*, editado por P. Cornell y P. Stenborg, pp. 13-42. Instituto Iberoamericano, Universidad de Goteborg.
- TORREBLANCA, H. DE
1999 *Relación Histórica de Calchaquí*.
[1696] Versión paleográfica, notas y mapas de T. Piossek Prebisch. Archivo General de la Nación, Buenos Aires.

